

PRESENTACIÓN

La violencia se ha convertido en un tema particularmente importante para la economía, la política y la cultura global, porque dejó de ser un asunto marginal. En la actualidad, el crimen tiene la posibilidad y capacidad de actuar planetariamente porque sus actores son globales, adinerados y políticamente influyentes, configurando lo que podría considerarse una «megatendencia global». Esta realidad no puede estar ausente de la esfera pública, sea desde la discusión académica o desde el debate sobre políticas. En ambos casos, la preocupación central se expresa en la necesidad de explicar y enfrentar estas nuevas realidades, en un contexto de altos niveles de desconfianza frente a las instituciones encargadas del tema (policía, sistema judicial, cárceles) y del descrédito de la cooperación internacional.

La seguridad ciudadana adquirió importancia en América Latina una vez restaurado el sistema democrático y estuvo matizada por tres obstáculos: a) la búsqueda de nuevos enemigos (neoenemigos); b) la visión centrada en la causalidad (factores de riesgo) que hace «líquidos» a los actores y a la historia; c) la centralidad otorgada a un solo indicador estadístico, como es la tasa de homicidios, que niega la existencia de la pluralidad de las violencias, generando estigmas tales como que «no hay violencia de género» y que los jóvenes, los pobres y los países de menor desarrollo relativo son violentos. Allí nace esa frase sin sentido, que no es más que una marca: América Latina es el continente más violento del mundo, propio de la era de los rankings impuestos exógenamente.

Gran parte de los estudios y propuestas sobre seguridad han estado centrados en la medición de los hechos violentos a través de los llamados «Observatorios de la Violencia», de las anodinas reformas de la cárcel, justicia y policía, y de la prevención –más discurso que acción–, como estrategias para la disminución de las violencias. En estos casos se produjo una asociación entre los procesos y los lugares donde se aplicaron, sin tomar en cuenta las particularidades y especificidades de cada proceso, lo cual ha llevado a la identificación de modelos «exitosos» en la región, que se difunden sin beneficio de inventario: Colombia y Chile. De esta manera, nos encontramos en un escenario en donde no sólo se producen «viajes culturales» entre regiones mundiales (de las experiencias del «norte» hacia América Latina), sino viajes y traducciones dentro de la misma región.

Sin embargo, desde hace poco tiempo empieza a consolidarse una nueva óptica para enfrentar el tema, dado que la «mano dura» con sus variantes y la «mano inteligente» con las suyas no han logrado dar a conocer el fenómeno y, lo más grave, reducirlo. Se

percibe una ruptura de las visiones únicas, fuertemente tecnocráticas, propias de la época postguerra fría y marcadas por el unilateralismo y el pensamiento único. Allí está la amplia bibliografía que ha logrado evidenciar la complejidad del tema y la necesidad de incorporar lecturas diversas sobre la violencia, la seguridad ciudadana y las políticas públicas.

Como parte de estas preocupaciones, este número de *América Latina Hoy* da cuenta de esta nueva mirada en torno a la seguridad ciudadana, que generalmente ha estado opacada por las visiones hegemónicas enunciadas. Para comprender lo que ocurre en la región se debe partir del reconocimiento del carácter político-económico de la seguridad ciudadana, lo cual se evidencia en los análisis contenidos en la revista, bajo dos bloques: el primero, vinculado a los elementos económicos y de políticas públicas (con cuatro artículos) y, el segundo, sobre los «neoenemigos» que requieren la represión y la visión comparada de las tasas de homicidios (dos artículos).

En la primera parte del monográfico, Andreína Torres, de Ecuador, explora el modo en que la cooperación internacional influye en el establecimiento de agendas y temas prioritarios así como en las posibles formas para enfrentarlo; de allí que sea necesario construir la noción de «soberanía del delito». Alejo Vargas y Viviana García, de Colombia, estudian el modo en que el presupuesto otorgado a la seguridad expresa los acuerdos y mecanismos políticos que existen en el Estado, en donde actúan elementos coyunturales (las promesas de seguridad –principalmente mayor número de policías– durante los procesos electorales) hasta las reformas estructurales de reducción del Estado y las políticas sociales. Luego, Carolina de Mattos Ricardo, de Brasil, analiza el aumento desmesurado de la seguridad privada como respuesta a la brecha creciente entre el nivel de seguridad real (otorgada por las entidades públicas) y la seguridad percibida (en donde influye la percepción que los ciudadanos tienen de las instituciones estatales y la escasa profesionalización de la policía y el resto de instituciones encargadas del orden y prevención del delito). Cierra este bloque el trabajo de Carlos Acevedo, de El Salvador, que analiza los costos de la violencia como evidencia de los costos económicos que posee la criminalidad y su impacto destructor.

En la segunda parte del monográfico, Alberto Martín Álvarez y Verónica de la Torre Oropeza, de México, analizan el crecimiento de las maras centroamericanas como una forma de dar vida a los «neoenemigos» que requieren las políticas represivas, de ejercer el poder omnímodo para aplicar políticas migratorias excluyentes, de estigmatizar a ciertos segmentos de la población y de expulsar de los espacios públicos. De manera complementaria, Roberto Briceño, de Venezuela, estudia de manera comparada el comportamiento de las tasas de homicidio en la región, mostrando las variaciones que han enfrentado en los últimos años.

Finalmente, en la sección Varia, Benjamín Temkin, Sandra Solano y José del Tronco destacan la necesidad de estudiar el comportamiento electoral de los ciudadanos independientes en México, debido a su mayor sensibilidad a la información de corto plazo así como también a los mayores niveles de volatilidad de sus preferencias electorales, todo ello en un contexto mucho más competitivo (como lo es hoy el mexicano), convirtiéndoles en votantes electoralmente decisivos.

Fernando CARRIÓN MENA
Manuel DAMMERT GUARDIA